

VIDA Y OBRA DE JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ

Cardenal Baltazar Porras Cardozo¹

Resumen: La beatificación de JGH tuvo lugar el 30 de abril de 2021, en medio de la pandemia que ha azotado al mundo. Qué coincidencia que los últimos años de la vida de nuestro médico de los pobres coincidió con otra epidemia mundial, la llamada gripe española, en la que los galenos de la Caracas de 1918-1919 se distinguieron por el celo con el que asumieron la tarea de salvar la vida de los contagiados y buscar evitar que la mayor parte de la población contrajera el mal. Pusieron a disposición su ciencia y competencia, con la llamada social y política, en medio de una feroz dictadura para indicar que el Estado no cumplía con uno de sus deberes primordiales: ofrecer la atención sanitaria a la que tiene derecho todo ser humano. Hoy vivimos la pandemia del Covid19 como un nuevo reto a la solidaridad y una buena reflexión sobre la fragilidad y debilidad humanas. Nos sentimos reyes del universo y con poderes casi divinos. Un invisible enemigo ha puesto la humanidad de cara a sí misma para que no vea en la inmediatez, en el gozo efímero, en el descuido del medio ambiente, la felicidad. La justicia se construye en la fraternidad y en la atención al más débil, como lo rubricó con su vida el doctor José Gregorio Hernández.

Palabras clave: Beato venezolano, José Gregorio Hernández, Primera Guerra Mundial, Covid19.

Abstract: The beatification of José Gregorio Hernández took place on April 30, 2021, during the pandemic that has hit the world. What a coincidence that the last years of the life of our doctor of the poor coincided with another world epidemic, the so-called Spanish flu, in which the doctors of Caracas in 1918-1919 distinguished themselves by the zeal with which they assumed the task of saving the life of those infected and seek to prevent the majority of the population from contracting the disease. They made their science and competence available, with the social and political call, amid a ferocious dictatorship to indicate that the State was not fulfilling one of its primary duties: offering the health care to which every human being is entitled. Today we live the Covid19 pandemic as a new challenge to solidarity and a good reflection on human frailty and weakness. We feel like kings of the universe and with almost divine powers. An invisible enemy has turned humanity on itself so that it does not see happiness in the immediacy, in the ephemeral joy, in the neglect of the environment. Justice is built on brotherhood and attention to the weakest, as José Gregorio Hernández signed it with his life.

Keywords: Venezuelan Blessed, José Gregorio Hernández, First World War, COVID19.

1 VI Cardenal de Venezuela. Arzobispo Emérito de la Arquidiócesis de Caracas. Socio correspondiente por el Estado Mérida de la Academia Nacional de la Historia (2000). Dirección electrónica: bepocar@gmail.com.

Feliz iniciativa de la dirección de la Revista ITER el dedicar un número monográfico al Beato venezolano José Gregorio Hernández Cisneros a un año de su proclamación como beato de la Iglesia Católica. Una reflexión desde diversos ángulos, en diálogo interdisciplinario, puede ser muy útil para desentrañar las múltiples facetas de su vida. Se ha especulado mucho sobre la tardanza del proceso de beatificación de JGH. No existe otra explicación sino la carencia de la cultura de lo que implica llevar un santo a los altares. Me gusta repetir que una cosa es ser santo, lo que no se pone en duda de mucha gente. Pero lo importante para que tenga incidencia y trascendencia, es que los fieles y también quienes no lo son, descubran y señalen que hay algo que trasciende la vida ordinaria de una persona y se convierte en un referente para la población. Es decir, nos hace santos la declaración oficial de la Iglesia, previa constatación de que así lo ve y lo siente mucha gente. Para los creyentes es signo de la cercanía de Dios y del prójimo, lo que hace que se le invoque para que interceda ante el Altísimo por alguna necesidad de orden físico, una enfermedad o alguna situación enojosa que nos lleva a pedirle a esa persona que nos conceda la gracia que solicitamos. Unas veces es la curación, otra la superación afectiva de momentos de duda, de conflictos, de situaciones que nos sobrepasan, y sentimos la necesidad de recurrir a la oración para encontrar la paz interior que nos aflige.

En el caso de José Gregorio, como el de muchos otros santos, la vida y obra sobrepasan el tiempo del periplo humano, y la muerte los convierte en una especie de resucitado pues sigue estando presente, referente de la vida cotidiana personal o colectiva que intenta a través de esa persona asumir o tener lo que en él sobrepasa y no se tiene. Curiosamente, el día mismo de la muerte de José Gregorio el pueblo se volcó entre afligido y compungido, adueñándose de su cadáver como si estuviera vivo. La expresión “José Gregorio es nuestro”, que surgió de la boca de los caraqueños aquella misma tarde del accidente que le produjo la muerte, es claro signo de que se percibía en él un algo más que no se había tenido la oportunidad de señalarlo o manifestarlo. Más aún, los primeros testimonios ante su féretro brotaron del corazón de dos amigos, lejanos en sus posturas filosóficas y políticas, pero en los

que la verdad y la transparencia superaron las diferencias para exclamar algo más que una simple admiración. Tanto el Dr. Luis Razetti como Don Rómulo Gallegos estamparon los mejores testimonios de que algo había más allá de lo sensible que llevaba a reconocer ese halo que los creyentes llamamos *santidad*, producto de su servicio al prójimo, al más necesitado, a la ciencia, trabajando por la vida de las personas más allá de cualquier diferencia ideológica. En medio de una feroz dictadura, con valentía y prudencia, se denunciaron las fallas de un régimen que no cumplía con uno de los requisitos de cualquier gobierno que pretenda legitimarse ante la sociedad: atender a sus necesidades básicas. Los populismos y los gobiernos falaces que pululan en estos tiempos en el mundo entero llaman a un cambio radical de las relaciones internacionales. Las migraciones son expresión del pecado social que pecha a los más débiles, siendo ellos los que sufren y dejan sus vidas en los caminos del éxodo por las guerras, las hambrunas, las injusticias, las intolerancias, sin que los resortes de la equidad generen un movimiento mundial que tenga una mirada samaritana y no se contente con paños calientes.

La beatificación de JGH tuvo lugar el 30 de abril de 2021, en medio de la pandemia que ha azotado al mundo. Qué coincidencia que los últimos años de la vida de nuestro médico de los pobres coincidió con otra epidemia mundial, la llamada gripe española, en la que los galenos de la Caracas de 1918-1919 se distinguieron por el celo con el que asumieron la tarea de salvar la vida de los contagiados y buscar evitar que la mayor parte de la población contrajera el mal. Pusieron a disposición su ciencia y competencia, con la llamada social y política, en medio de una feroz dictadura para indicar que el Estado no cumplía con uno de sus deberes primordiales: ofrecer la atención sanitaria a la que tiene derecho todo ser humano. Hoy vivimos la pandemia de la COVID-19 como un nuevo reto a la solidaridad y una buena reflexión sobre la fragilidad y debilidad humanas. Nos sentimos reyes del universo y con poderes casi divinos. Un invisible enemigo ha puesto la humanidad de cara a sí misma para que no vea en la inmediatez, en el gozo efímero, en el descuido del medio ambiente, la felicidad. La justicia se construye en la fraternidad y en la atención al más débil. Estamos a las puertas

de superar los estragos de la pandemia, pero no estamos tan seguros de haber sacado la lección correspondiente. Volver atrás es una locura, no mirar con nuevos ojos el presente y el futuro es hipotecar la paz y el verdadero progreso. Es el grito que de mil formas nos presenta el papa Francisco. Nosotros, como creyentes, debemos buscar una cultura que genere mayor igualdad.

En el escenario mundial de entonces tenía lugar lejos de nuestras fronteras la primera gran conflagración conocida como la Primera Guerra Mundial. En ese contexto, la sensibilidad de JGH, de forma callada pero real, sintió el impulso de hacer un voto ante el Altísimo, nada más y nada menos que ofrecer su vida si era necesario para cesara la guerra. Y así fue. Hoy vivimos una situación similar. En medio de la pandemia mundial aparece la absurda guerra de Rusia contra Ucrania, con el peligro de convertirse en un conflicto de dimensiones imprevisibles que puede involucrar a todos los países del globo. El fantasma de la guerra vuelve a surgir. Se creía que las dos guerras mundiales con la atrocidad de muertes sin sentido eran lección suficiente para que no se repitiera en el futuro. En la nueva época que vivimos la energía nuclear tiene visos apocalípticos. Con la fuerza y con las armas caminaremos hacia la destrucción total. Otros caminos hay que roturarlos con creatividad y una buena dosis de entendimiento y negociación con quien corresponda, más allá de las diferencias. Sigamos con atención las intervenciones del Papa en este sentido. Sigamos también las posturas de otras denominaciones religiosas y preguntémonos por los valores subyacentes. Si no está la vida integral de personas y del ambiente, si lo ideológico está por encima de la gente y no importa que mueran inocentes, algo anda mal. La responsabilidad ética nos impele a sacar a relucir otros valores que no pueden ser los de la fuerza. De nuevo, lo auténtico cristiano nos coloca ante el valor redentor de la cruz, único camino de resurrección.

Pero volvamos un momento atrás, desde la muerte de JGH su tumba en el Cementario General del Sur caraqueño se convirtió en lugar de peregrinación de mucha gente que recurría a pedirle favores, como la hacía cuando tocaba las puertas de su consultorio, así no tuvieran lo

suficiente para pagar una consulta ni para comprar los medicamentos que le fueran recetados. Pero no se circunscribió al ámbito de la capital. Como un reguero de pólvora su imagen y estela empezó a difundirse por sí sola, de boca en boca, a todos los rincones del país. Para 1939 hubo necesidad de trasladar sus restos a otro puesto en el mismo cementario, y tal como lo reseñan los medios de entonces, su tumba se convirtió en santuario de oraciones, de votos y exvotos, de placas de agradecimiento por los favores recibidos y de sitio de peregrinación de propios y extraños.

Diez años más tarde, en 1949, se dieron los primeros pasos oficiales para abrir la causa de JGH. Era la primera vez que en Venezuela se daba inicio a una *praxis* para la que no se tenía ninguna experiencia previa, debido a la creciente popularidad hacia el que muchos lo consideraban como el santo *médico de los pobres* al que se recurría en caso de necesidad. Su fama de santidad seguía en ascenso popular, lo que llevó en 1975, bajo el pontificado del arzobispo José Alí Lebrún Moratinos, a ordenar el traslado de sus restos a la Iglesia de La Candelaria en el centro de Caracas. Este paso fue otro reconocimiento oficial a la fama de santidad del Siervo de Dios, a quien años más tarde se reconoció como Venerable a la espera del milagro que diera paso a la aprobación pontificia para declararlo beato. Esto llegó el 30 de abril de 2021 para regocijo de la inmensa mayoría de los venezolanos y de los que en otras latitudes lo consideraban como tal.

Asombra que al recoger y sistematizar los múltiples testimonios sobre JGH nos encontramos con datos que no se tenían claros: numerosas capillas y ermitas erigidas en su nombre desde hacía décadas; narraciones de favores o milagros que nunca se documentaron, pero que se atestiguan de muchas formas: “me llamo José Gregorio porque cuando nací casi desahuciado”; relatos de vida cotidiana en las que su figura estuvo presente en alguna coyuntura personal. Artistas renombrados y populares lo han plasmado de mil formas diferentes. Su estatuilla o estampita forma parte del patrimonio familiar. Es decir,

JGH sigue vivo y actuante en la vida de muchos. La fe mueve montañas y la esperanza en su intercesión da más confianza que la receta o consejo de otra persona.

JGH no es un referente del pasado, sino del presente. El mensaje de su vida permea muchos aspectos de la vida cotidiana. Sobresale, claro está, lo religioso, pero va más allá. El mundo de lo sanitario, médicos, enfermeras y personal hospitalario lo tienen como su guía. Gremios e instituciones variadas llevan su nombre, al igual que numerosos establecimientos, líneas de transporte, barrios, calles y avenidas. Contagia su alegría como hombre amante de la música y de la fiesta. Una sastrería de lujo de la ciudad española de Valencia lo tiene en la vidriera de su negocio, sin saber de quién se trataba. El dueño encontró en un taller de orfebre la talla de un hombre elegantemente vestido con su sombrero en la cabeza y lo compró. La afluencia de personas le hizo descubrir que estaba ante un médico famoso que tenía fama de santo. Para los pobres y afligidos es el paño de lágrimas de las cuitas contenidas en el pecho buscando consuelo. Para un mundo que privilegia el conflicto y el odio, es imagen y motor de paz interior y exterior. Para los que intentan entablar diatribas, encuentran en él al hombre que trabó amistad y trabajo en común, sin reticencias, más allá de las diferencias ideológicas, filosóficas o religiosas. Siendo médico cultivó otras áreas del pensamiento y escribió apuntes filosóficos y pequeños tratados en los que deja constancia de los valores humanos y cristianos que formaron parte de su recia personalidad.

El papa Francisco lo nombró vicepatrono de la cátedra de la paz de la Pontificia Universidad Lateranense de Roma, para entablar diálogo con el mundo plural de hoy, para buscar afanosamente respuestas racionales, humanas, más allá de la conflictividad que hace de la fuerza y el poder los resortes para solucionar los problemas. Estamos, pues, ante una figura refulgente que ilumina el camino de hoy. A un siglo de su muerte, su legado sigue vivo con actualidad sorprendente. Es un referente para creyentes y para todo hombre o mujer de buena voluntad que intenta dar respuesta eficaz a su vida.

Adentrémonos en la lectura pausada de los trabajos que ofrece la Revista para enriquecernos con el José Gregorio que admiramos, pero que deseamos imitar, aunque nos sintamos sin fuerzas suficientes para estar a su altura.